

LA GEOGRAFIA EN EL POBLAMIENTO PRECOLOMBINO

Capítulo de la obra "**MISTERIO Y HALLAZGO
DEL NUEVO MUNDO**"

GABRIEL CAMARGO PÉREZ

Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia
Volumen 39, 1988-1989 No. 122-123

Al acercarse la quinta celebración centenaria del alumbramiento americano, conviene hablar, a más de la heroica obra colombina, del teatro geo-social que hallaron los europeos a fines del Siglo XV.

Porque una fue la gesta del Atlántico, librada de Oriente a Occidente para alcanzar la antesala de 1492, y otro fue el primer descubrimiento del Nuevo Mundo, realizado por los proto-asiáticos, en forma peatonal, desde 40.000 años atrás, cuando encontraron el Estrecho Siberia-Alaska, y prosiguieron su andadura sucesiva, hasta colmar, de Norte a Sur, todos los ámbitos de nuestro Continente.

Interesa, pues, determinar el por qué de las enormes diferencias somáticas, comunitarias y culturales que ofrecieron aquellos pobladores aborígenes, ante los ojos del Viejo Mundo.

Pero, ante todo, conviene señalar, a grandes rasgos, las características geográficas del suelo que fueron ocupando tales inmigrantes o indígenas en el hemisferio occidental.

MUNDO APARTE

América, más que un "**Nuevo Mundo**", **es un verdadero mundo aparte**, cuya dimensión equivale a la mitad aproximada de Africa-Asia-Europa.

Ubicada entre los 84° de Latitud Norte, y los 56° de Latitud Sur, abarca una superficie de 42 millones de kilómetros cuadrados, con cadena orográfica paralela al Océano Pacífico, en longitud de 15.000 kilómetros, desde las zonas heladas del Glacial Artico, hasta las puntas extremas del Cabo de Hornos, que tocan los hielos del Antártico polar.

Por su cabeza septentrional, comarca la más ancha de toda su contextura -desde el Estrecho de Bering hasta la Terra Nova- está enmarcada entre los 17° y los 55° de longitud, al Oeste del meridiano central de Greenwich.

Hasta la mitad de su extensión longitudinal (8° y 9° de Latitud Norte) parece como si estuviese a punto de romperse en el Istmo de Panamá, donde se adelgaza hasta menos de 70 kilómetros de anchura. Pero como a tiempo de su descubrimiento no se hallase conducto interoceánico a través de dicha faja, ni de ninguna otra, allí habría de imitarse el ejemplo de Suez, con la apertura de un otro canal entre el mar Atlántico y el mar del Sur.

Tamañas realizaciones se cumplieron, apenas, a mediados del Siglo XIX y a comienzos del presente; pero tenemos qué destacarlas hablando del origen e imagen del cuerpo terrestre, por cuanto ellas fueron posibles debido a la morfología quedante en ciertos estrechos del ecumene. Y por cuanto de no haberse cortado el istmo panameño, la navegación del viejo mundo tendría que dar vuelta por el sur americano para llegar a las costas del Pacífico.

A continuación del Istmo, la América meridional torna a ensancharse, en uno como remedo geomórfico de la septentrional, extendiendo su mayor anchura desde la "Punta Aguja" del Perú hasta el Cabo de San Roque en la costa brasilera, entre los 81° y los 35° de longitud al Oeste de Greenwich. De aquella franja hacía abajo, el cono suramericano comienza a reducirse gradualmente, pero su cordillera andina, alternadamente coronada por conos de nieve perpetua y bocas de fuego latente a 4.000 y 5.000 metros de altura sobre el nivel del mar, alcanza los 7.021 en la cima del Aconcagua (Argentina), para rematar en el Cabo de Hornos, que mira hacia las aguas heladas del Antártico mar.

PROCESO MIGRATORIO

Tan gigantesca porción del globo, debió permanecer inhabitada por el Hombre, hasta unos 40.000 años atrás, cuando la expansión de las migraciones mundiales apenas asomaba por el extremo septentrional de Asia, aprovechando "pasos" misteriosos de la evolución hidrogeológica: a veces de piso terrestre y seco, por el Estrecho Siberia-Alaska o por la infraestructura de las actuales (32) islas Kuriles, entre el Norte del Japón y la península de Kamchatka (10.256 kilómetros) y en seguida terciando al Oriente, sobre la sucesión de las actuales (cerca de 100) islas Aleutianas, entre Kamchatka y el Suroeste de Alaska (37.840 kilómetros); a veces de piso congelado o anegadizo, a manera de corto puente, por sobre los hielos que se extendieron hasta la zona del Wisconsin.

El sector más corto de ese prehistórico puente estuvo localizado en el estrecho posteriormente invadido por el mar y que hoy conocemos con el nombre de Bering, su célebre descubridor.

No una sino muchas y sucesivas oleadas de gente, a lo largo de varios siglos, debieron hallar en aquel desemboque intercontinental la ruta afortunada de una virgen naturaleza. Si la humanidad había tenido su origen por las cabeceras del Río Nilo y las costas del Mar Rojo, hace tres millones de años, bastante tiempo había transcurrido para la expansión de muchísimas generaciones por todo el ámbito del viejo mundo. Y si las más próximas a la península de Alaska se habían esparcido en la Mongolia y la Siberia, al Noreste de Asia, ello no quiere decir que hubieran sido las únicas en pasar de un lado al otro, ya que el régimen tribal de entonces tenía por meta el movimiento nómada y transhumante de horizonte a horizonte, para ir conociendo y ocupando todos los territorios aptos a la vida social.

De ahí los diferentes caracteres somáticos y culturales que fueron adentrándose, poco a poco, en los complejos aborígenes de América y que, posteriormente reflejaron, y siguen reflejando, arcaicas similitudes con indostánicos, australianos, melanesios, chinos, japoneses, mogoles y siberianos. Pero si a ello se agrega que, luego del salto dado por las diferentes migraciones primitivas a través del estrecho Siberia-Alaska, sus integrantes fueron estableciéndose en distintos ambientes de clima, hidrografía, orografía y más concretamente de topografía y paisaje, hay qué llegar a la conclusión

de que tal proceso comunitario, fertilizado por el tiempo y el espacio, fue la causa determinante de la multiplicidad familiar que se produjo en el desenvolvimiento del mundo precolombino.

ECOLOGIA Y POBLAMIENTO

Los caminos y los asentamientos iban siendo marcados por la geografía y la ecología: arriba, por la región ártica, aquellos que habían nacido y vivido por largo tiempo entre los esquimales asiáticos, vasto campo encontrarían en la corona glacial canadiense, para prolongar su sistema vital. Un poco más abajo, a pesar de la acción secular de los hielos, el agua de los ríos atraería la atención de otras corrientes humanas por el halago de la pesca y de las tierras fértiles ribereñas, hasta los contornos de los Grandes Lagos. Y hacia el Sur, generosos corredores a lo largo de las Montañas Rocosas y la Cadena Costanera del Océano Pacífico, irían mostrando altas y complicadas serranías orientales, y, de cuando en cuando, invitantes hoyas de verdura y claridad con aguas descendentes a una y otra ladera, o gratas mesetas intramontanas, para descanso y aliento hacia nuevas jornadas.

Así fueron avanzando lentamente los primeros pobladores del sector boreal, como lo certifican los restos arqueológicos sedentes en los Estados de Washington, Idaho, Nevada, Uta, California, New México y Texas, cuya datación llega a los 38 y 40.000 años, tiempo que, justamente, corresponde al retroceso glacial.

Más tarde, mientras las avanzadas proseguirían al centro del continente, el incremento poblacional iría extendiendo otras tribus en dirección occidental norteamericana. Ellas disfrutarían y ocuparían las praderas de la llanura que fecunda el caudaloso Mississippi, uno de los más luengos del mundo, y continuarían su peregrinaje hasta los Montes Apalaches, para alcanzar las costas del otro mar.

Es indudable que la bondad de suelos producida por la infiltración hídrica y por el ambiente fresco del umbral Pacífico fue la causa de que las más fuertes oleadas migratorias hubiesen preferido seguir la línea Norte-Sur en el inicial cubrimiento migratorio.

Por esa razón, cuando hubieron desembocado al cuello mexicano, 23.000 años há, adelantáronse al altiplano guatemalteco, y expandiéronse luego a lo ancho de Mesoamérica, en escala progresiva de florecimiento material y espiritual. De tal manera fueron creciendo y superándose los pueblos maya-quichés en el ámbito que cobija toda la península de Yucatán, de donde posteriormente volvieron al centro de Tehuantepec para establecer otra civilización: la del gran imperio azteca, vigente aún a tiempo de la conquista europea.

OLEADAS EXPLORATORIAS

Pero el ímpetu exploratorio de aquellos antiguos caminantes nunca detuvo la marcha de su ilusión, de manera que todo obstáculo de magnitud aparentemente invencible -como la manigua del Darién, a continuación de Panamá, que por entonces no opondría las mismas dificultades posteriores- haría prosperar el incipiente medio náutico de las **piraguas** y **curiaras** flotantes, a lo largo de tantos ríos y de tan inciertos litorales marinos.

Tal había de ser la solución para dominar punta a punta, seno a seno, las costas de Colombia y Venezuela por el Mar Caribe (Moaco, 14.000 años), y para arribar un poco más temprano a las bahías del Ecuador y del Perú o Pirú a donde penetraron con superior fortuna (**Pikimachay**, 16.000 años).

Tierra de ingentes riquezas naturales, en clima tropical ("de eterna primavera"), por allí continuaba la cadena montañosa iniciada desde el Norte americano, en línea paralela con la costa del Pacífico. Era la cordillera de los Andes que prolonga sus brazos desde la punta chilena hasta los bordes colombianos, enseñando múltiples vías, tajos y derrotas, para continuar una andadura sin fin. Áridas y trepadas sierras fueron seguidas por laderas agrestes y valles luminosos, y aquello fue convirtiéndose en un como paraíso de flores y frutos, conejos y llamas, oro y plata, en la extensa nación del Tawantinsuyo, que tuvo por foco religioso el Lago de Titicaca.

Con todo, a pesar del auge y notable organización social de los pueblos que crearon la ulterior cultura inca, ciertas gentes de indetenible marcha, en afán aventurero, decidieron proseguir su rumbo por las vertientes que se dirigen al Atlántico, y a la verdad que corrieron variada suerte: Unos se internaron en el complejo enmarañado del Brasil (**Lagoa Santa**, 10.000 años). Otros continuaron por las cañadas del Potosí, Paraguay y el Río Paraná, hasta las pampas argentinas (**Atuel**, 9.000 años) y llegaron a confundirse con los andinos que aprovecharon la plataforma chilena para rematar en la punta del Cono Sur (**Marazzi**, 9.000 años). Otros, en fin, retornaron al Norte, por los contrafuertes de la orografía o por las riadas de la Amazonia y Orinoquia, hasta los confines del Brasil, Guayana, Venezuela y Colombia, a veces para quedarse entre la selva, a veces para fundar nuevas naciones, como en el caso de los Chibchas, dentro de un paisaje virgiliano, adornado con bellas mariposas, lagunas y esmeraldas (**El Abra**, cerca de Bogotá, 12.000 años); a veces para guindarse en las cejas de las corrientes orientales y gozar de la pesca y de la caza llanera; a veces, en fin, para saltar a las islas más próximas, por el rosario caribeño, en el Mar de las Antillas (3.000 años), donde siglos después habrían de ser descubiertos por las naves de Colón.

En el anterior peregrinaje hemos citado aquellos años que, según dataciones del carbono 14, acusan mayor antigüedad respecto de hallazgos logrados a lo largo del continente, lo cual demuestra su poblamiento de Norte a Sur. Ello no quiere decir, desde luego, que con posterioridad a tales fechas no hubiesen acudido a cada región de América nuevas oleadas andariegas, ya procedentes de Asia, por el puente Siberia-Alaska, hasta cuando hubo de producirse la elevación del mar en el Estrecho de Bering (10.000 años atrás, aproximadamente), ya transhumantes dentro de las distintas comarcas interiores, al compás de su crecimiento económico y social.

De ahí que la mezcla de sangre y costumbres, en unos conjuntos demográficos más que en otros, hubiera determinado múltiples características somáticas y múltiples grados culturales en el cuerpo y el alma de las diferentes naciones o tribus aborígenes, durante un desarrollo de 400 siglos, hasta la época de la develación continental, en 1492.

Todos aquellos indígenas tuvieron que vencer muchas barreras y vallas de distintas formaciones orográficas e hidrográficas, para sedentarse en la tierra que mejor escogieron (valles, laderas, altiplanicies) o para continuar la marcha hacia otras regiones incógnitas o quedarse entre la verde espesura tropical, sin perspectiva de prosperidad, o para buscar nuevos y ocultos rincones defensivos, como en los casos de la "Ciudad Perdida" de los taironas, en la Costa Caribe colombiana, y del Cerro Machu Pijchu de los adelantados Incas peruanos.

Tal acoplamiento humano a tan numerosas y variadas regiones geográficas en materia de estaciones atmosféricas, altura sobre el nivel del mar, relieves y aguas, faunas y floras, está certificando elocuentemente, y de contera, otras tantas calidades de diferente constitución biológica respecto del origen, o procedencia asiática, que se han señalado a ciertos complejos americanos. A tal basamento debe sumarse, por otra parte, el mayor acomodo social de cada tribu, reforzado por la simbiosis de la costumbre y de la religión, con el correr del tiempo y el cerramiento familiar.

DETERMINACION ECO-HUMANA

Hemos visitado varias regiones del mundo, y con sólo observar la variedad del paisaje, los fundamentales cambios en la orografía, el clima, la fauna, la flora de cada comarca, puede concluirse que si las tierras, las plantas y los animales aparecen de distinta naturaleza y acomodo, allá, allí o acá, asimismo el hombre tiene que nacer, formar-se y transformarse diferentemente, según las aguas, las alturas, los horizontes y los frutos o faunas que ha ido encontrando en la escala de su ruta, a través de los siglos.

La semilla humana de América, vale decir, la semilla asiática, tuvo que llegar con sus respectivos caracteres iniciales, derivados de cada tronco regional. Pero lo cierto es que, guardando análogos rasgos fisonómicos, a lo largo y ancho del Nuevo Mundo, sus diversas estaturas, tonos de color y modalidades de costumbre, fueron registrando notables variaciones, según su desarrollo en las nieves de Alaska y en los bosques de Canadá; en las praderas de los Estados Unidos o en el Valle lacustre de México; en las islas del Caribe o en los declives ardientes de Colombia; en las serranías andinas del Perú o en las llanuras bajas de Venezuela; en las riberas fluviales del Brasil o en las estepas abiertas del Cono Sur.

Tales circunstancias fueron determinando, también, las inmensas diferencias culturales que presentaban las naciones amerindias a tiempo de su descubrimiento: quienes ya tenían asiento definitivo, por haber escogido buen solar, cabalmente eran los más adelantados. Su estabilidad les había permitido utilizar los recursos naturales del medio (semillas para el agro, arcilla para la cerámica, textiles para las mantas, piedras finas para la construcción y el arte, metales para la ornamentación y la ofrenda): Pueblos Aztecas, Chibchas, Incas y demás.

Por otro lado, quienes aún buscaban mejor sitio, y no lo hallaban, o resolvían disputarlo en plan de guerra contra los ya establecidos, consecuentemente eran aquellos que aún continuaban peregrinos, valiéndose de rudimentarios instrumentos (flechas para la caza y la pesca, totumas o vasijas vegetales, tapa-rabos y copetes de plumas o ni siquiera la hoja de Adán, que también la sombra o la oquedad arbórea y de las rocas, al final de cada día): Apaches, Caribes, Amazónides, Pamperos, Patagones y demás.

Ahora bien, silos descubridores hallaron en América, a un mismo tiempo, menores grados de cultura, que también de incultura, material y social, ello tuvo como causa primordial la dispersión de los complejos humanos por desiguales medios geográficos y ecológicos, en el curso del tiempo. Tal proceso dio por resultado el cambio gradual de cada grupo, a la manera que también se formaron las grandes razas y los numerosos idiomas del planeta. En sólo América India se han contabilizado, aproximadamente, 2.000 dialectos diferentes, que a lo cierto no llegaron de Asia, como ahora se habla, sino que se han formado dentro de su propio ambiente, en acuerdo con sus necesidades, su desarrollo o decadencia, mientras surgen modalidades nuevas, bajo el impulso de otras lenguas e imprescindibles aportes de civilización.

Igual ha ocurrido a los demás protopueblos del mundo, hasta su encuentro con la hermandad internacional: muchos de ellos buscaron acomodo en las selvas, y por allí se encantaron con la corriente sonora o agitada de los ríos, bajo la fronda verde y la orquesta de las aves.

En una y otra latitud de Africa, Eurasia, América u Oceanía, aquellos aborígenes idearon por su propia cuenta los mismos utensilios, así diferieran en grande o mínimo detalle, pero al fin y al cabo para igual satisfacción: curianas y canoas para el transporte fluvial, propulsores y flechas para la caza de su manutención; hachas y picos para labrar la piedra y surcar la madre tierra; vasijas de arcilla y de madera para el servicio de su hogar; bastones, máscaras y adornos para las fiestas de su estadio tribul.

Y en otras comarcas, escogidas a cielo abierto, por la bondad del clima y la fertilidad del suelo, por allá construyeron dólmenes y esculturas, como los del Norte europeo o los del Centro y Sur Americano; monolitos enfilados como los de Carnac en Francia o los de Tíahuanaco en Bolivia; pinturas rupestres, tan estilizadas como las de Altamira en España, o tan incipientes como las chibchas de Colombia; unión y traba de sillería en los monumentos líticos de Sumeria o del Cuzco peruano, con igual suerte de perpetuidad; ornamentos y frescos en los templos de Egipto o de México, como superación de su refinamiento y testimonio de su creatividad.

Todo aquello, y mucho más, al ritmo lento o ágil de los estímulos productores, como dinamos de la mente y ejercicio de la razón.

EL HOMBRE Y EL AMBIENTE

En 1967, el Profesor Richard Leaky (hijo de los eminentes arqueólogos Louis y Mary Leaky), descubrió dos cráneos a un mismo nivel estratigráfico, en la región del río Orno, al sur de Etiopía, "uno con características de pitecántropo típico y otro decididamente con rasgos de Homo Sapiens"¹

Situación semejante subsiste no sólo en los países indianos, que también en todo el mundo contemporáneo, desde el punto de vista etnosocial: no sólo estamentos de superior inteligencia y civilidad, naciones en vía de desarrollo, grupos semicivilizados, tribus aborígenes que conservan su **status** de hace siglos, sino antropófagos sumidos en el más crudo primitivismo.

Respecto del llamado Nuevo Mundo, antes de su contacto con Europa, no cabe pensar en otro "difusionismo" o "transculturismo" que en el producido, obviamente, por las sucesivas migraciones de las más variadas regiones asiáticas. Pero a ello debe sumarse la creatividad. En cada nación y en cada tribu amerindia, desde la ignorancia hasta la civilización espiritual y económica, también debió operar el "naturismo" o combustible cerebral, según las condiciones de cada medio, para el freno o el desarrollo de la "evolución social"

De manera que la variada realidad humana y cultural de América, a tiempo del descubrimiento colombino, cuando finalizaba el Siglo XV, no sólo debe atribuirse a la influencia ancestral de su origen, sino además a la variable situación geográfica y ecológica que fueron escogiendo los diversos complejos de su poblamiento. Nunca a extrañas visitas encantadas, fuera de la cronología histórica y fuera de la órbita espacial.

¹ Riberson Pierre - "El Origen del Hombre". Salvat Editores S.A. Gráficas Stella, Stella (Navarra).